

El porvenir de Europa: después del año 2000

DANIEL BELL

Traducción de Juan Almela



DURANTE QUINIENTOS AÑOS, Europa ha sido el centro de la civilización mundial. En ese tiempo inició, casi se diría que inventó, la idea y el hecho del crecimiento económico continuo. Con Galileo fue la cuna de la ciencia moderna, y con los ingenieros-artistas del Renacimiento inició el desarrollo de la tecnología moderna, particularmente con la navegación y los instrumentos científicos. En filosofía, música, pintura y literatura, transformó los conceptos de los "modos de pensar", de la perspectiva y la percepción, la tonalidad y la escala diatónica, y el nexo entre ficción y realidad. Todo ello, en cierto sentido, fue la aplicación de la idea de racionalidad, desconocida para el mundo no occidental.

Con todo, durante el mismo periodo, las llanuras de Europa vieron algunas de las guerras más devastadoras de la historia de la civilización humana, desde el ejército revolucionario de Napoleón cruzando Rusia, hasta las dos guerras mundiales, donde intervenían todas las potencias grandes y pequeñas, causando la muerte de más de cincuenta millones de personas. La segunda mitad del siglo XIX presenció la rápida difusión del imperialismo en casi toda África y Asia (con excepción de Japón), de suerte que antes de la segunda Guerra Mundial 80 por ciento de la superficie sólida del mundo, e igual porcentaje de sus pobladores, estaban bajo dominio occidental. Y el siglo XX vio el ascenso de las dos ideologías más funestas de la historia, el comunismo y el fascismo, que concluyeron en el Gulag y el Holocausto de Stalin y Hitler.

Desde el fin de la segunda Guerra Mundial, el imperialismo occidental casi ha desaparecido, con una velocidad que los historiadores venideros encontrarán asombrosa, si bien las herencias del tribalismo, el colonialismo y las lindes nacionales mal ajustadas perduran, sobre todo en África. Tanto el comunismo como el fascismo se han derrumbado, si bien las ideologías se han transformado repetidamente en nacionalismo creciente, en especial en las zonas antes bajo dominio soviético. Pero la guerra, en sentido militar abierto, es completamente improbable entre las grandes potencias, Gran Bretaña, Francia, Italia.

Durante el último decenio y medio —y ahora me concentro en la Europa occidental—, Europa ha emprendido un experimento que, históricamente visto, carece de paralelo, al menos en semejante escala. Se trata del esfuerzo de doce países, hoy todos democráticos, de crear una sola comunidad

armoniosa que coordine sus instituciones económicas y políticas y hacia el año 2000 —cuando menos según el plan inicial— genere una moneda unificada y una federación política integrada. El único paralelismo sería el de Suiza, que después del Congreso de Viena en 1815 pasó a ser una república federal, mitad católica y mitad protestante, con tres lenguas diferentes (alemán, francés e italiano) y 26 cantones o distritos locales, con su propio sistema de tribunales.

Pero más allá de todo esto reside la cuestión histórica más vasta e importante del papel de Europa en una sociedad mundial nueva y ampliada, junto a un gran desplazamiento de poder hacia las naciones de orillas del Pacífico en el siglo XXI. Aun en caso de darse una Europa unificada, ¿podría seguir desempeñando un papel fundamental en la economía, la política y la cultura del mundo durante el próximo siglo? Tales son las cuestiones que planteo y que trataré de responder brevemente en este ensayo.

El esfuerzo para crear una "nueva Europa" es identificable en cuatro etapas:

1) El *mercado común*, básicamente una unión aduanera entre los miembros, una zona de libre comercio y una tarifa externa común. Legalmente, esto está vigente ahora.

2) El *mercado único* (una situación parecida a la norteamericana, salvo por la moneda), donde habría movimiento completamente libre de capital y trabajo, armonización de las políticas laborales y de beneficio, libre establecimiento de servicios (financieros, de seguros y legales) por toda la comunidad. Aquí, en principio, las libertades están establecidas, pese a haber muchas barreras prácticas.

3) Una *unión económica y monetaria*. Esto significaría una armonización de políticas económicas, topes para los déficit públicos y, eventualmente, una sola moneda usada por todos los miembros. Aquí es donde se ha roto la "serpiente", el acuerdo de mantener paridades entre las tasas de intercambio entre los miembros (según relaté en un artículo anterior).

4) Una *federación política*. Existe hoy un parlamento europeo, con miembros elegidos de todas las naciones. Y existe una vasta burocracia administrativa en Bruselas. Pero la clave de la federación política fue el tratado de Maastricht firmado en diciembre de 1991, que adoptó un "criterio de convergencia" y concedería al parlamento europeo poder de veto en varios terrenos. Protección al consumidor, salud y educación se someterían al examen de la Comunidad europea y se dieron pasos en pro de una política común, exterior y defensiva. Y

Maastricht, como veremos, ha sido el tropiezo contra una Europa unida.

¿Qué ha venido ocurriendo, pues, con el progreso de Europa? En el resto de este ensayo consideraré cuatro terrenos —económico, monetario, político y cultural— tanto a corto plazo (la situación actual y del futuro inmediato) como a largo, hasta más allá del año 2000. Trataré entonces de las relaciones *externas*, con los Estados Unidos, Rusia y Europa oriental, y Asia.

La palestra económica europea, consistente en los doce países de la Comunidad europea (más Escandinavia, Suiza y Austria, si se agregan), es ahora el mayor bloque comercial del planeta, alojando más de 40 por ciento del producto interno bruto (PIB) mundial. Alemania sola fue considerada el máximo motor. La caída del muro de Berlín y la reunificación del país crearían una economía soñada, de dos billones de dólares, cuyos trabajadores capacitados y productores de clase mundial la tornarían envidia del mundo.

Poco de ello, sin embargo, ha resultado así. Desde hace tres años Europa ha sido centro de una desgarradora recesión económica. En 1992, el crecimiento del PIB real fue en Europa de 0.5 por ciento. Y en 1993 *todos* los países europeos experimentaron crecimiento económico *negativo*. La economía alemana fue la más dañada al experimentar una caída de 2 por ciento en el PIB, y en 1993 la producción industrial fue 7 por ciento inferior a la de 1992, reflejando la peor recesión de posguerra. Nadie espera un crecimiento superior a 1 por ciento en 1994.

Parte de esto es *cíclico*, refleja las acostumbradas subidas y bajadas del ciclo de negocios y los efectos de la recesión a nivel mundial. Pero la cuestión más importante es qué proporción fue *estructural*, o sea inherente a la naturaleza de las economías y persistente aun a pesar de una recuperación. Pueden medirse los déficit presupuestarios de cada país, cómo aumentan o disminuyen. Un estudio de la OECD, el año pasado, reveló que en Europa la razón dominante era en gran medida estructural. En Alemania, el balance presupuestario como porcentaje del PIB fue 4.1 por ciento, del cual 3 por ciento era estructural. En Italia ascendía a 9.5 por ciento, con 7.4 estructural. Y en Francia era de 5.7 por ciento, 3.1 por ciento del cual era estructural. Seguramente las economías ascenderán por razones cíclicas, pero los problemas estructurales permanecerán.

La cuestión estructural es decisiva, pues es el modo de considerar las perspectivas de la economía a largo plazo. En Europa, los principales problemas estructurales son los costos de *beneficiencia social*, así como *industrias ineficientes*, *que envejecen*, sostenidas por subsidios. Todo ello devora ingresos del gobierno y reduce la inversión productiva. Como corolario aparecen rígidos mercados de trabajo (costos de reducir una fuerza de trabajo por pagos de beneficiencia, más la resistencia o incapacidad de los trabajadores al traslado, por razones de familia o diferencias culturales).

El punto más sorprendente es la beneficiencia social. Hace unos cuarenta años, la teoría marxista afirmaba que el estado capitalista gastaría en guerra pero no en bienestar. Y ahora es éste el que está ahogando al estado capitalista.

El moderno Estado benefactor fue propuesto hace cincuenta años en Gran Bretaña por el famoso "informe Beveridge" (si bien Alemania ya había emprendido cierta seguridad

social medio siglo antes, con el fin de "comprar" el movimiento socialista). Escrito durante la guerra, el informe proponía acabar con el hambre y la pobreza y emplear los recursos del Estado no sólo como "red de seguridad" contra los riesgos del desempleo, sino como marco de beneficios que aseguraran al individuo y a su familia el fundamento de la propia estimación. Beveridge proponía un sistema completo de aseguramiento nacional, financiado por contribuciones de los patrones, que proporcionase beneficiencia en el desempleo, servicios de salud y pensiones por vejez. Además habría compensaciones familiares por hijos pequeños, servicios para los incapacitados y asesoramiento por el servicio social en lo concerniente a problemas familiares y de salud mental. El plan ampliaba grandemente el poder del Estado, el cual por vez primera asumía la responsabilidad de aliviar la pobreza y beneficiar a la sociedad. El gobierno laborista de Attlee inició en la Gran Bretaña este programa y todos los países europeos lo siguieron.

En Europa el gasto público en conjunto (gastos administrativos del gobierno, subsidios a la industria y la agricultura, beneficio social) asciende aproximadamente a 49 por ciento del producto interno bruto (hace veinte años era 37 por ciento). Compárese esto con 37 por ciento en los Estados Unidos y 32 por ciento en Japón. Pero los gastos en seguridad social dieron razón de 25 por ciento del PIB total en Europa, en comparación con 15 por ciento en los Estados Unidos y 10 por ciento en Japón.

El Estado benefactor ha sido más costoso en Alemania, con Italia en segundo lugar. Un tercio del PIB alemán sirve para gasto social, y las contribuciones a la seguridad social (repartidas en partes iguales entre patrones y trabajadores) ascienden a cosa de 40 por ciento del pago bruto. El trabajador manufacturero alemán medio, el mejor pagado de Europa, recibió alrededor de 27 dólares por hora en salarios y beneficios, de los que 12.50 dólares representaron beneficios sociales. Los trabajadores italianos reciben más en beneficios que en salarios en su compensación de 21 dólares la hora. (En contraste, en los Estados Unidos, los 16 dólares por hora de un trabajador sólo abarcan 4.50 en beneficios). Los costos del trabajo manufacturero, por hora, son alrededor de 35 por ciento mayores en Alemania que en los Estados Unidos, Japón o incluso Gran Bretaña.

Mirando adelante, aparecen los costos crecientes de las pensiones. Para el año 2015, el número de alemanes de más de 65 años crecerá 50 por ciento, de 12 millones a casi 18. Para el 2030, el número de alemanes de más de 60 será *doblo* del número de menores de 20 años. Según la OECD, el valor presente de las pensiones futuras en Alemania será de 1.6 veces el PIB actual. En Italia, los déficit en los programas sociales dieron razón de la mitad del déficit presupuestal del año 1992, un considerable 10 por ciento del PIB. Las pensiones italianas por vejez son las más generosas de Europa (y en muchos casos una persona puede retirarse a los 55 años y buscar otro trabajo), y aproximadamente 40 por ciento de los miembros del CGIL, el mayor movimiento sindical de Italia, disfruta hoy de pensiones de retiro. Según Luigi Spaventa, uno de los más talentosos economistas de Europa y actual ministro de presupuesto en el gobierno "tecnócrata" vigilante, las pensiones constituyen el máximo "lastre fiscal" entre todos los elementos del presupuesto italiano.

El gasto social ha alcanzado un límite en Europa por razones políticas, económicas y hasta morales. Bajo el acuerdo de Maastricht, que establece un criterio de convergencia sobre la deuda y los déficits del sector público, sólo Luxemburgo, de los 12 miembros de la Comunidad europea, está en orden. Los costos económicos han reducido la competitividad industrial en tanto que los grandes beneficios de aseguramiento social reducen la movilidad del trabajo, pues los trabajadores prefieren a menudo recurrir a la compensación por desempleo, en lugar de irse a otra parte. Assar Lindbeck, economista sueco (uno de quienes escogen a los laureados Nobel), ha sostenido, en algunas conferencias recientes, que los incentivos al trabajo y la producción se destruyen cuando el Estado quita demasiado a quienes laboran y da demasiado a quienes están ociosos.

El segundo principal problema estructural es industrial. Europa encabezó las dos primeras revoluciones industriales. La primera fue en Inglaterra, donde la invención de la máquina de vapor por James Watt y la aplicación de energía a las máquinas inició la transformación del mundo. El vapor nos dio locomotoras y buques. Aplicando el vapor a las máquinas iniciamos la producción fabril. Pero hubo otros modos igualmente importantes, aunque pasen a menudo inadvertidos en los libros. Lo más decisivo fue la creación de bombas de vapor, que permitían extraer el agua de las minas de carbón y ahondar mucho. Inglaterra es una isla incrustada en carbón, en especial las Midlands. La extracción de carbón permitió crear una industria del acero. Y el acero trajo consigo productos para ingeniería, astilleros y automóviles. Los textiles y el acero fueron los pilares de la prosperidad inglesa inicial.

La segunda revolución industrial empezó en Alemania hacia la penúltima década del siglo pasado. Consistió en la creación de las grandes industrias químicas y eléctricas. Por primera vez, gracias a los productos químicos, el hombre lograba producir cosas ausentes de la naturaleza, tales como plásticos, y del petróleo procedieron los productos petroquímicos. Con la electricidad se dispuso tanto de fuentes amplias de energía como de la transformación de la noche en día gracias a la iluminación, a más de la posibilidad de enviar mensajes codificados primero, y después la voz misma, por líneas eléctricas, creando el telégrafo y el teléfono.

A causa de todo esto, Europa consiguió ir a la cabeza del mundo en sus transformaciones industriales. Inglaterra y Alemania fueron las fuentes de esta transformación. Se olvida que antes de la segunda Guerra Mundial Francia e Italia no eran sociedades industriales. Tenían talleres industriales manejados por firmas familiares. Después de la segunda Guerra Mundial ambos países se transformaron. Francia inició una gran industria acerera en Alsacia-Lorena y emprendió la producción de productos químicos y electricidad. Italia expandió sus industrias textiles y químicas, así como la del hule. Y todos los países principales de Europa se entregaron en grande a la manufactura de automóviles.

El problema principal es que Europa no ha realizado la transición, como sí los Estados Unidos y Japón, en gran medida a los sectores postindustriales de información y conocimiento (computadoras y telecomunicaciones), pese a que haya en Europa grandes firmas separadas, como la NV Philips en Holanda, Ericksson en Suecia, Siemens en Alemania, Cable and Wireless en el Reino Unido, y Nokia en

Finlandia. Con todo, en las zonas decisivas de la tecnología del *microchip* y el *software* no intervienen jugadores europeos de primera.

Europa sigue bregando con la sociedad industrial, particularmente con el acero y los automóviles. (La industria naviera ha decaído por completo.) La comunidad europea del carbón y el acero se formó en 1951 (precursora de la propia Comunidad europea) a fin de "racionalizar" la industria. En los pasados veinte años ayudó a cerrar muchas instalaciones y a eliminar medio millón de empleos. Pero sobrevive la capacidad de hartura y exceso. El año último, la industria perdió 4 500 millones de dólares y ha procurado descargarse de acero a fin de cubrir los costos, hechos que provocaron represalias norteamericanas (los propios Estados Unidos habían perdido 500 000 empleos) en forma de barreras aduanales contra el acero europeo. La comisión europea quiere reducir en 20 por ciento la capacidad actual de 190 millones de toneladas y eliminar otros 50 mil trabajos. Pero la producción de acero, propiedad del Estado y subsidiada por él en Italia, España y Alemania, se ha resistido. La comisión, por ejemplo, deseaba reducir el tonelaje de Ilva, la planta acerera de propiedad italiana en Tarento, al sur del país, pero el gobierno, que deseaba privatizar parte de la compañía, se negó. Y en Alemania y otras regiones, las comunidades locales han comprado las acerías y continúan subsidiándolas, para guardar empleos.

El mismo problema, aunque mayor, existe con los automóviles. Hoy hay seis principales compañías automovilísticas en Europa—Fiat, Renault, Peugeot, Volkswagen y las subsidiarias de Ford y General Motors. Pero los mercados están hoy por hoy "maduros", crecen poco, y la competencia intra-europea enfrentará a los mayores productores entre ellos. Fiat, que ha sido la mayor (si no única) firma italiana, ha concentrado sus esperanzas en un nuevo coche pequeño, el Punto. Pero se estima que la demanda europea crecerá en menos de 400 000 unidades por año, lo cual representa alrededor de la mitad del descenso en las ventas de Fiat durante el pasado año sólo. BMW, gran productor de automóviles de lujo en Alemania, se ha incorporado la Rover inglesa (dejando a Inglaterra sin una sola manufactura automovilística propia) y así incrementará la competencia en cuanto a ventas en masa. Y las fábricas japonesas de Inglaterra avanzan hacia la producción de un millón de automóviles al año a fines de la década, cuando hayan de terminar los límites impuestos a las importaciones japonesas a Europa.

Alemania y particularmente Japón han padecido por los cambios en la tasa de intercambio que han hecho sus automóviles más caros en los Estados Unidos, que sigue siendo el mayor mercado mundial. Mercedes y BMW han anunciado planes para construir sus nuevas fábricas en los Estados Unidos (cuyos costos de trabajo son un tercio menores que en Alemania). Y, siguiendo el curioso sesgo de la moda, las mayores y más rápidas ventas a los consumidores han sido de camiones pequeños y camionetas, donde los europeos se han rezagado.

Alemania, central de fuerza de las manufacturas europeas, se ve en crecientes dificultades. Cuatro grandes industrias—automóviles, maquinaria y máquinas herramienta, ingeniería eléctrica y productos químicos—dan razón de aproximadamente 60 por ciento del comercio alemán de

exportación, de 425 mil millones de dólares. Pero la competencia aumentada ha afectado malamente a Alemania, especialmente en los coches, que representan casi 20 por ciento de las exportaciones alemanas. La Volkswagen, máximo productor de automóviles, en volumen y costos, en Europa entera, que el año pasado fabricó 3.5 millones de vehículos, no ganó ni un *pfennig*. El resultado es que redujo su fuerza de trabajo en 15 por ciento. Y por toda Europa disminuyen velozmente los empleos manufactureros.

Todo esto es "teóricamente" manejable en el ciclo de la reestructuración industrial. Japón, entre 1960 y 1990, fue el más brillante ejemplo mundial. Comenzó con textiles e industria ligera, pero cuando de ello se encargaron Hong Kong y productores más baratos, se desplazó a la óptica y los instrumentos, y de ahí al acero, la construcción naval y los automóviles. Pero después del choque petrolero de los años 70 y de los costos aumentados de la energía, Japón pasó prestamente a industrias de conocimiento, fundadas en electrónica y computación. ¿Adónde irá Europa? Las grandes rigideces en los principales sectores industriales han inhibido los cambios estructurales.

Hay "rayos de esperanza", el desarrollo de pequeñas zonas manufactureras en el campo, basadas en redes de compañías que compartan información del mercado y permitan a los trabajadores desplazarse, como en el Prato y Véneto al norte de Italia (que elaboran textiles y mobiliario, por ejemplo), o al sur de Alemania, con pequeñas máquinas herramienta y piezas, o en la zona danesa de Jutlandia. Pero ello no da la medida para influir sobre los problemas mayores.

El máximo problema económico y social de la Europa actual es el desempleo. Unos 35 millones de personas están desempleadas en la Europa de hoy. En Francia, Italia, Alemania, Dinamarca y Gran Bretaña, más de 10 por ciento de la fuerza de trabajo está desempleada, y con los crecientes despidos pudiera llegarse a un promedio de 12 por ciento al término de 1994. (España es un caso especial, con 23 por ciento de la población desempleado, pero esto se debe en gran medida a la transición retrasada desde la agricultura y a la incapacidad de la industria para hacerse cargo de ello.) Todo esto es políticamente explosivo, sobre todo en vista de que pocos partidos políticos o sindicatos están dispuestos a tomar la ruda medicina de disminuir los salarios, aumentar la movilidad del trabajo o limitar las pensiones y el gasto social.

En un notable informe aparecido en diciembre de 1993, la comisión europea emitió un programa que proponía reducir el salario mínimo y recortar los pagos de seguridad social, con la esperanza de crear 15 millones de empleos para el año 2000. En una presentación del informe, Jacques Delors, presidente entonces de la comisión y socialista francés, declaraba: "Si queremos salvaguardar el actual modelo de la sociedad europea y su estado benefactor, debemos adoptar este programa. *Ya no estamos en un mundo donde pueda garantizarse todo.*" (Nosotros subrayamos.)

La Europa occidental, en los cincuenta años siguientes a la segunda Guerra Mundial, fue recreada según el modelo de la socialdemocracia. La Europa oriental fue conformada de acuerdo con el modelo comunista o de socialismo de Estado. El modelo europeo oriental se ha venido abajo. Y ahora el modelo socialdemócrata casi confiesa bancarrota y fracaso. En esto se funda una venidera crisis en Europa.

II

Se ha dicho que historia es destino, que el porvenir se despliega a partir del pasado. No obstante, la historia de Europa en el siglo XX está llena de tantos cambios sorprendentes, que se plantea el problema de cuál de los periodos principales ofrecerá claves en cuanto a su papel venidero. En el siglo XX ha habido *cuatro* Europas diferentes:

1. 1890-1914. *La belle époque.*

Fue Europa en la cima de su poder, su gloria y finura. La *belle époque* fue la época bella en que había paz y la opulencia se expandía, las clases superiores lucían su gusto y se iniciaba el modernismo cultural. El imperialismo estaba en su apogeo y extendía su poder a casi la totalidad de África y Asia. Europa estaba dominada por los deslumbrantes imperios. Estaba la dinastía Hohenzollern, que gobernaba Alemania, poder central de Europa. (Tanta era su atracción, que Japón, encabezado por el príncipe Ito y el general Yamagata, adoptó sus sistemas militar, burocrático y educativo y comenzó, al igual que Alemania, a industrializarse "desde arriba", merced a desarrollo dirigido por el Estado.) Estaba la dinastía de Habsburgo, sucesora nominal del Sacro Imperio Romano, dominando una extensa región austrohúngara que incluía grandes partes de lo que luego fue Checoslovaquia y sectores de Yugoslavia. Y está la dinastía Romanov, que gobernaba Rusia desde Polonia hasta Vladivostok. Estaban, además, el gran imperio británico, que gobernaba desde África hasta la India y Singapur, y el dominio francés, del África central al sureste asiático. El imperio holandés gobernaba Indonesia. Bélgica tenía las ricas tierras del Congo. Los portugueses tenían parte de África y Macao y Goa. Todavía era un periodo de gran poder monárquico. La democracia era débil. Se iniciaba el conflicto de clases, pero los partidos socialistas eran débiles también.

La primera guerra mundial destruyó aquella Europa. Una revolución comunista tomó el poder en Rusia. Los marxistas acaso pensaran que la guerra señalaba el fin del capitalismo, pero lo que hizo fue destruir el final del feudalismo político, con el fin de las tres grandes dinastías que dominaron la Europa central y generaron estados independientes en la Europa oriental y el Báltico.

2. 1919-1945. *La era del fascismo y el conflicto de clases.*

Si hubo un hecho céntrico y dominante en cuanto al periodo entre las guerras, fue el surgimiento del fascismo en Europa y la destrucción de la democracia, débil como era, en la mayoría de los países. Izquierda y derecha contendieron por el poder, pero sería demasiado simple identificar la derecha con el capitalismo. Las más de las veces (en Alemania se había llamado "nacionalsocialismo", que al abreviarse dio "nazi") era una mezcla de nacionalismo y populismo, aunada a la búsqueda de un guía fuerte que despertase un sentido de orgullo nacional. Italia fue el primer país que se hizo fascista, bajo la dirección de Benito Mussolini, que empezó siendo socialista de izquierda. Portugal se hizo autoritario, Alemania se hizo fascista. Austria, bajo el canciller Dollfuss, aplastó el fuerte movimiento socialista, pero fue dominada por Alemania, que se le anexó en el *Anschluss*. La guerra civil española dividió a Europa y se convirtió en el gran símbolo del conflicto, del cual salió ganador Franco. Fuertes movimientos fascistas surgieron en Francia y Bélgica. Hungría se tornó

fascista. Polonia se hizo autoritaria. Sólo Inglaterra y las naciones escandinavas permanecieron democráticas. En el meollo del problema residía una honda depresión y un elevado desempleo que ningún gobierno (salvo el sueco) parecía capaz de enfrentar. Los comunistas y fascistas organizaban violencia callejera, que las débiles democracias parlamentarias no conseguían dominar. "El centro", en efecto, no resistía.

La Alemania nazi proclamó la doctrina de la raza de señores y se lanzó a la guerra, ayudada por la Rusia soviética, que firmó el pacto Hitler-Stalin. El atroz resultado de todo ello fue el exterminio de judíos, al grado de que, aun cuando ya amenazado por la derrota, Hitler aplicaba sus escasos recursos a la expansión de los campos de exterminio, lo cual resultó en la muerte de seis millones de judíos. Auschwitz sigue siendo el símbolo inexplicable de aquel testamento al mal.

3. 1945-1989. *La Europa dividida.*

El término de la segunda Guerra Mundial presenció el fin del viejo dominio imperialista. Gran Bretaña perdió todo su imperio colonial y acabó siendo nada más una potencia "europea". Los franceses, los holandeses, los portugueses perdieron sus imperios. Sólo la Unión Soviética agrandó su territorio (quedándose con partes de Polonia, Rumania y Finlandia), aparte de establecer una hegemonía política sobre Alemania oriental y todo el este europeo, más los estados bálticos (Lituania, Letonia y Estonia), que fueron completamente incorporados a la Unión Soviética.

En Europa central y occidental, Alemania completó su "revolución burguesa" y en 1949 impuso la ley fundamental que declaraba el reconocimiento incondicional de los derechos fundamentales del individuo ante el poder judicial, además de garantizar el asilo político a cualquier extranjero perseguido que ingresase en suelo alemán. Francia e Italia, por primera vez, se volvieron sociedades industriales, con el desarrollo de las industrias acerera, eléctrica y química. España, más tarde, inició la transición de la sociedad agraria a la industrial. El estado benefactor pasó a ser la norma protectora de todos los ciudadanos.

Europa quedó dividida entre Occidente y Oriente, entre la OTAN y el Pacto de Varsovia, pero una vez construido el muro de Berlín en 1961, se estableció en Europa un respiro, incómodo pero reconocible, entre los Estados Unidos y la Unión Soviética.

Cosa igualmente importante, empezó a surgir el concepto de una "nueva Europa", especialmente conforme los responsables de la política francesa (en parte para establecer independencia con respecto a los Estados Unidos) se daban cuenta de que Alemania occidental, con sus recursos, debía ser incorporada a una comunidad europea. Nació así la idea de una comunidad económica que representaría el primer paso hacia una eventual unificación política de Europa. En 1992 empezó a existir un mercado europeo que comprendía doce naciones.

4. 1989-? *¿Una nueva Europa?*

Una gran paradoja, irónica: los dos acontecimientos vagamente soñados por los observadores sucedieron de repente. Uno fue la destrucción del muro de Berlín y el desplome de Alemania oriental, que llevó a la unificación de Alemania. El otro fue el derrumbe de la propia Unión Soviética, que trajo por resultado la independencia política de los estados bálticos y las naciones europeas orientales, más la

creación de una Ucrania independiente, de repúblicas centroasiáticas independientes y del encogimiento de la URSS hasta una Comunidad de Estados Independientes (CEI). Persistían los turbulentos problemas de dismantelar el sistema centralizado de mando de la planeación económica y la propiedad estatal de las industrias. Pero lo que habría podido pensarse que fuese saludado como un gran paso histórico, con el fin de la guerra fría y la adquisición de nuevas libertades, ha planteado problemas difíciles, si no es que insuperables, a los esfuerzos por establecer un nuevo género de orden político y social.

Sólo es posible indicar esquemáticamente estos puntos:

1) La cuestión de la "ampliación" de Europa a fin de incluir las naciones que estuvieron fuera de la Comunidad Económica Europea, así como las naciones de la Europa oriental.

2) Las nuevas tensiones entre Alemania y Francia, conforme Alemania empieza a afirmar sus intereses nacionales como consideración primordial.

3) La subdivisión de los estados europeos en regiones y los grupos subnacionales que renuevan sus peticiones de autonomía, como en Bélgica, España e Italia.

4) El surgimiento de tensiones étnicas y de guerras civiles expandidas, como en la ex Yugoslavia y en Armenia y Azerbaiján.

5) La aparición de nuevos grupos derechistas y neofascistas en numerosos países, como Italia, Hungría y Europa oriental.

6) El miedo a Rusia de los estados bálticos y europeos orientales.

7) El problema de las grandes minorías dentro de naciones, así los rusos en los estados bálticos o los húngaros de Rumania, que generan temores de guerras civiles o intervenciones.

8) El aplazamiento, si no es que derrota, de la federación o unificación política europea, y la pérdida del impulso europeo y el sentido del término de un gran período histórico.

9) El retiro de los Estados Unidos como influencia política esencial en Europa, tal como lo indica ya la inepticia de los Estados Unidos en Bosnia.

Hay dos factores más: uno, la falta de dirigencia y voluntad de vivificar la "idea de Europa"; el otro, la posibilidad de un largo "deslizamiento" económico al tornarse Europa menos competitiva en los sectores manufactureros más antiguos, sin conseguir la transición a una economía post-industrial.

III

Hasta ahora no hay señales claras de cómo serán resueltos estos problemas. Pero los próximos cinco años ofrecerán algunas respuestas.

La primera cuestión es la del ensanchamiento de la propia Comunidad europea. Hoy en día hay cuatro naciones negociando con el fin de agregarse a las doce de la comunidad, a partir del 1 de enero de 1995: Suecia, Austria, Finlandia y Noruega. Sería la primera adición desde que España y Portugal se unieron a la comunidad en 1986. La dificultad es que la adición de estas naciones haría más difícil para los países más importantes —por estar distribuidos los votos según el tamaño— alcanzar la mayoría. En particular, Gran Bretaña,